

## «LA POESÍA DE SAN JUAN DE LA CRUZ»

### ■ Conferencias de Emilio Orozco

«La poesía no fue algo accidental en la vida de San Juan de la Cruz. Fue poeta en el pleno sentido de la palabra y sintió la poesía como el medio más elevado y potente de experiencia mística y de comunicación emocional. De ahí que en su obra poética se dé un perfecto equilibrio entre inspiración y construcción.» Así enjuició la poesía de San Juan de la Cruz Emilio Orozco, catedrático jubilado de Lengua y Literatura Española de la Universidad de Granada, en un curso de cuatro lecciones que sobre ese tema pronunció en la sede de la Fundación Juan March, del 10 al 19 del pasado mes de mayo.

Dos perspectivas principales siguió el conferenciante en su análisis de la poesía de San Juan de la Cruz: la consideración de la misma como *canto*, tanto en su concepción como en su expresión, y su inseparabilidad del ambiente espiritual de la orden carmelitana.

Ofrecemos a continuación un resumen de las conferencias del profesor Orozco.



*EMILIO OROZCO nació en Granada en 1909. Ha sido catedrático de Lengua y Literatura Española en la Universidad de Granada y Director del Museo de Bellas Artes de su ciudad natal. Especializado en temas del Barroco, es autor de diversos trabajos sobre San Juan de la Cruz, recogidos en el volumen Poesía y mística. Otros títulos destacados son Temas del Barroco, Paisaje y sentimiento de la Naturaleza en la poesía española, Manierismo y Barroco, etc. En 1968 obtuvo el Premio Nacional de Crítica Literaria.*

Si es siempre problemático enfrentarse con la obra de un gran poeta, las dificultades se duplican cuando se trata de San Juan de la Cruz, al sumarse las que implican todo intento de penetrar en la experiencia mística. En San Juan de la Cruz la palabra del poeta y del místico se identifican; poesía y mística constituyen dos formas paralelas de conocimiento, ambas obedecen a razones de tipo supraracional: una penetra la esencia de la realidad mediante una poderosísima intuición, y la otra entra en contacto directo con la esencia divina.

San Juan de la Cruz no fue poeta ocasional, tuvo siempre un alto concepto de la poesía y la sintió como algo muy semejante a las Sagradas Escrituras. Empleó, incluso, el mis-

mo tono exegético en las introducciones que hizo de su poesía. En el santo se da un perfecto equilibrio entre la poesía inspirada y la poesía construida, trabajada. Si reconoce la inspiración poética como algo que le da Dios, también valora el material lingüístico que ha de trabajar. Y este alto concepto de la poesía que tiene San Juan de la Cruz no está en contradicción con la esencia de su doctrina mística.

La teoría mística del santo es una doctrina de la negación, de la nada, de la noche: ninguna criatura puede llevar a la unión con Dios. Se precisa decir «no» a todo lo creado y sensible. Se requiere una completa desnudez espiritual para unirse con Dios, renunciar a toda sensación y a todo conocimiento, sumergirse en la

Noche más absoluta, la Noche Oscura del Alma.

La noche es el gran símbolo de la poesía de San Juan de la Cruz. El alma ha de anegarse en una noche de los sentidos, en la que no se ve, oye, toca ni gusta nada. En la que nada *se desea*. Ese camino recto y empinado hacia la cima del Monte Carmelo que hay que ascender hasta alcanzar la unión con Dios es un camino de renuncia y de perfección.

¿Significa esto que San Juan de la Cruz niega entonces la poesía y, con ella, la Naturaleza? Vamos a ver que no. Hay un momento en el que, tras pasada esa noche de los sentidos, se produce un reencuentro con el mundo; las criaturas vuelven a ser reconocidas como signos de Dios. El estado del alma que sucede a la Unión favorece ese reencuentro con el mundo, precisamente *a través de la Poesía*, que se convierte así en la huella viva y material de la experiencia.

La poesía de San Juan de la Cruz es poesía de retorno: es un medio que puede llevar a Dios; en cada detalle de los sentidos, en cada goce visual, auditivo y olfativo de la Naturaleza, ve el santo noticia de la voluntad divina.

La poesía sanjuanista está esencialmente concebida y expresada como *canto*. De hecho, las primeras poesías que compone San Juan de la Cruz, estando encerrado en la prisión de los Calzados, en Toledo, eran canciones. Hasta el final de su cautiverio no dispuso el santo de instrumentos para escribir. Y esta dimensión de la poesía cantada, íntimamente unida al sentimiento místico y trascendente, al que contribuye y al cual favorece, se dio desde antiguo, y aparece atestigüado en las Sagradas Escrituras. Hay así una relación de dependencia y sucesión entre el fenómeno poético y el místico.

La experiencia musical *cantada* mueve a lo trascendente. Vemos esto en la tradición clásica, en Pitágoras, en el *Timeo*, de Platón, en Plutarco. Y esa idea pasaría a España a través de San Agustín y del neoplatonismo medieval.

A lo largo de toda la Edad Media encontramos numerosos testimonios de esa creencia en el poder de conmoción espiritual de la poesía cantada. San Francisco de Asís cantará al Hermano Sol y dictará sus versos, en sus últimos momentos, a

la Hermana Muerte. También San Juan de la Cruz, a la hora de su muerte, solicita escuchar los versos del *Cantar de los Cantares*.

Poesía como necesidad de comunicación, no sólo con Dios, sino con otras almas que viven una vida espiritual análoga. Poesía portadora de una emoción y de una experiencia mística.

Vemos, pues, cómo la poesía cantada era algo habitual en la vida cotidiana de los conventos del Carmelo.

---

## SANTA TERESA Y LA POESÍA TRADICIONAL CARMELITANA

---

La poesía de Santa Teresa se ha venido considerando de forma aislada y se le ha atribuido siempre una importancia muy inferior a la concedida a su prosa. Hay que tener en cuenta que la poesía apenas se imprimió en el Siglo de Oro y, cuando se imprimió, quedaba oculta entre las páginas de doctrina mística. El mismo San Juan de la Cruz ni en su época, ni en el siglo XVII tuvo fama como poeta. Si acaso, su fama poética se reducía a los conventos y a unos pocos círculos seculares, los verdaderos destinatarios de su obra poética. San Juan de la Cruz no entrará hasta el siglo XIX en la historia literaria y lo hará dentro de la literatura mística.

Lo que aquí importa destacar es la existencia de toda una actividad poética tradicional que permanece constante en una vía en la que confluyen la poesía popular y la culta italianizante y en la que entra de lleno San Juan de la Cruz. Esta poesía florece en el ambiente espiritual creado por la reforma teresiana y será en ella donde San Juan de la Cruz creará su obra poética y su doctrina mística.

Poesía colectiva, tradicional y transmitida oralmente es la que hacen Santa Teresa y sus religiosas; va adoptando —como es propio de la poesía oral tradicional— numerosas variantes; y carece de una preocupación literaria. Imbuída de un sentido anónimo, esa poesía cantada es patrimonio común de todos. Poesía de predicación que ya practicaban los franciscanos —los «juglares del Señor»— para popularizar los temas devotos y atraer adeptos. Y para ello nada mejor que acudir a las tonadas populares vueltas a lo divino.

FUNDACIÓN JUAN MARCH  
CURSOS UNIVERSITARIOS 1982/1983

## La poesía de San Juan de la Cruz

EMILIO OROZCO



MAYO

Marzo, 10  
INTRODUCCIÓN. POESÍA Y MÍSTICA

Juarez, 12  
SANTA TERESA Y LA POESÍA TRADICIONAL CARMELITANA

Santa Teresa introduce la costumbre de cantar en cualquier momento de ocio y así lo enseña a hacer a sus religiosas. Es la suya una poesía ingenua, de coplas populares y villancicos y, por ello, ha sido vista separada de su prosa y no apreciada justamente, en general. Si bien es cierto que la poesía teresiana es secundaria con relación a la gran altura espiritual de su prosa, y que posee un carácter fundamentalmente devocional y festivo, de puro regocijo, hecha sobre todo para ser cantada en horas de recreo y fiestas de la Virgen, no hay que dejar de verla, en mi opinión, como una prolongación de su prosa. Las digresiones, tan características del estilo coloquial de la Santa, son paralelas en vitalidad y espontaneidad a su poesía cantada.

Una de las fiestas religiosas populares que la tradición ha seguido manteniendo hasta nuestros días la introdujo Santa Teresa: se trata de Las Posadas, que se celebraba en la noche de Navidad, y cuya importancia se ha visto confirmada en el Libro de Romances y Coplas de Valladolid, dado a la luz por Víctor García de la Concha. Este gran estudio teresiano ha encontrado en los archivos todo el programa de prepara-

tivos y ritos que representaban a María y José, recorriendo posada tras posada y buscando asilo en la noche del nacimiento de su hijo. Santa Teresa introdujo el hábito de despertar con cantos a sus novicias, portando las imágenes de María y José.

Teresa de Jesús arrastrará a San Juan de la Cruz a estas prácticas de devoción cantada. Sin embargo, eran dos temperamentos y sensibilidades muy distintos, y muy diferentes la creación de símbolos y la actitud ante la Naturaleza en una y otro. Aunque los dos coincidían en una doctrina mística de interiorización, Santa Teresa no canta lo que contempla, sino más bien lo que le acontece. San Juan, en cambio, en el instante del máximo goce espiritual, se sentirá envuelto en la noche, en la aurora, en la Naturaleza. Como un desbordamiento nacerá su *Cántico Espiritual* y, a su regreso del Monte Carmelo, verá a Dios en la Naturaleza.

San Juan de la Cruz incorpora la gran poesía a toda esa corriente poética de tipo tradicional, basada en la canción popular, y ligada, como hemos visto, a unas circunstancias ambientales espirituales. Cuando ingresa en el Carmelo y compone, en la prisión de Toledo, las 31 primeras estrofas de lo que más tarde se denominará *Cántico Espiritual*, el Santo estaba ya totalmente formado como poeta y como tratadista de Teología Mística. Formado en el seno de una familia de tejedores (oficio propio de cristianos nuevos), San Juan, a diferencia de Santa Teresa, llevó una vida como de tránsito oculto, no se relacionó con personalidades ni del mundo de las letras, ni aún eclesiásticas. En el Colegio de los Jesuitas encontró a Juan Bonifacio, su maestro, que sería crucial en su formación literaria y humanística. Además de la sólida formación clásica adquirida, San Juan intervino en la intensa actividad cultural que en sus Colegios desarrollaban los Jesuitas (recordemos la importancia del teatro en esta Orden). En Medina del Campo, San Juan lee a Boscán y a Garcilaso. Con una sólida formación poética culta —y popular—, marcha a Salamanca en 1564: son los años del gran auge de la Universidad salmantina, la gran época de Fray Luis de León y del Brocense, de la fuerte influencia del

neoplatonismo. Se ordena sacerdote y vuelve a Medina del Campo donde encuentra a Santa Teresa.

A partir de entonces se va a producir un enorme salto en la orientación literaria del Santo. Su doctrina estético-literaria, con un enorme bagaje de lecturas profanas, se centra en lo devocional: la obra de arte debe elevar a Dios.

Con plena conciencia de la insuficiencia del lenguaje para manifestar ese estado del alma de Unión con Dios, el santo acude a las alegorías y a los símbolos. La sabiduría mística —nos viene a decir— no necesita ser entendida para que ejerza el efecto de amor. Su primera gran composición, las *Canciones de la Esposa* (el *Cántico Espiritual*) muestra cómo el Santo tiene ya elaborado su vocabulario místico-poético.

## EXPRESION, COMUNICACION Y ESTILO

Aunque la poesía de San Juan de la Cruz arranque por vez primera en la prisión conventual de Toledo, no se reanudará hasta su paso por Andalucía y, especialmente, en Granada. Si las primeras treinta y un estrofas de lo que él llamó su libro de las *Canciones de la Esposa* (y que, a partir de la edición de Fray Jerónimo de San José, en 1630, se llamaría el *Cántico Espiritual*) están muy vinculadas al *Cantar de los Cantares*, en cuanto a la unión amorosa-matrimonial de Esposa-Alma y Amado-Dios, las demás, compuestas ya en Granada, tienen valor como poemas independientes.

San Juan de la Cruz sigue, pues, el poema salomónico, pero con cambios esenciales: el *Cantar de los Cantares* expresa el acto ceremonial del matrimonio real con un desbordamiento ornamental y una sensualidad que quedan muy atenuados en el *Cántico*. Además, frente al estatismo del poema salomónico (algo ya celebrado), el poema del místico presenta un desarrollo lírico-dramático de la acción, todo un proceso amoroso que culmina en la unión espiritual. Prescindiendo de lo artificial y ornamental, San Juan de la Cruz mantiene lo esencial humano del amor y los elementos de la Naturaleza.

Aranguren presentó el *Cántico Espiritual* como un poema erótico;

Bousoño subrayaba la ininteligibilidad de algunos versos y el empleo de muchos términos con un sentido alegórico-simbólico trascendente. El propio San Juan de la Cruz, aún antes de escribir los comentarios al poema, había explicado muchos de estos símbolos de forma oral, en sus pláticas realizadas como director espiritual de novicios y religiosas, en el Monasterio de la Encarnación.

San Juan de la Cruz forma sus símbolos de manera viva y en contacto con la Naturaleza; de ahí que las suyas no sean alegorías frías, sino que emana de ellas una profunda trascendencia emocional. Montes, ríos, valles y rosas incorporan siempre un sentido alegórico, pero han sido vividos por el santo, no son meros productos de un acto intelectual. Hay, pues, una perfecta correspondencia entre el significado real y el trascendente. Es más: la expresividad de una palabra viene dada no tanto por su denotación, sino por sus diversas y ricas connotaciones. Significado y significante se corresponden. Y es que el Santo era consciente del extraordinario poder de la palabra para expresarse y conmover. Ese valor material, fónico —correspondencia de rimas internas, aliteraciones, repeticiones, etc.— y la profundización de los significados le permite trascender la realidad y alcanzar lo inefable.

San Juan de la Cruz se adelanta en varios siglos al simbolismo de Mallarmé y de Baudelaire, aunque en el santo no hubiera conciencia de él en cuanto tendencia artística. Las palabras —afirmaba Mallarmé— han de reflejarse unas en otras, y por un juego de analogías se ha de conseguir una orquestación de timbres, imágenes e ideas, y lograr así una plena armonía. Todo esto se da en la poesía de San Juan de la Cruz. Valora el sonido en las imágenes y, mediante progresiones e intensificaciones, juegos de sentidos figurados y reales, y otros recursos expresivos, va comunicando el ritmo, el sentimiento de esa experiencia mística, en una visión de un paisaje cósmico integral, en la que va recogiendo el santo todo tipo de sensaciones visuales, auditivas, táctiles, etc., hasta hacernos sentir hasta el aire mismo; y todo ello, con una simplicidad y un magisterio como quizá no se había logrado en la poesía occidental desde los *Salmos*.